



Emma Smith

MAGIA PORTÁTIL

*Un historia alternativa
de los libros y sus lectores*

Ariel

Emma Smith

Magia portátil

Una historia alternativa de los libros
y sus lectores

Traducción de Beatriz Ruiz Jara

Ariel

Título original: *Portable Magic: A History of Books and Their Readers*

Primera edición: marzo de 2023

© 2022, Emma Smith
© 2022, Beatriz Ruiz Jara, por la traducción

Publicado originalmente por Allen Lane.

Derechos exclusivos de edición en español:
© Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Editorial Ariel es un sello editorial de Planeta, S. A.
www.ariel.es
www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-344-3606-0
Depósito legal: B. 3.174-2023

Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.



Sumario

<i>Introducción: Libros mágicos</i>	11
1. Los inicios: Oriente, Occidente y Gutenberg . . .	29
2. La reina Victoria en las trincheras	45
3. Navidades, libros obsequio y abolición	61
4. <i>Shelfies</i> : Anne, Marilyn y Madame de Pompadour .	79
5. <i>Primavera silenciosa</i> y la consagración de un clásico .	95
6. El Titanic y el tráfico de libros	109
7. Las religiones del libro	123
8. 10 de mayo de 1933: libros en llamas.	137
9. Libros de biblioteca, <i>camp</i> y daños maliciosos . . .	153
10. Libros censurados: «237 malditaseas, 58 cabrones, 31 pordioses y 1 pedo»	169
11. <i>Mi lucha</i> : ¿libertad para publicar?	189
12. Los libros talismán	203
13. Jugarse la piel: encuadernación de libros y poesía afroamericana	221
14. Elige tu propia aventura: la tarea del lector. . . .	239
15. El imperio contraescribe	255
16. ¿Qué es un libro?	269
<i>Epílogo: Libros y transformación</i>	287
<i>Agradecimientos</i>	291
<i>Notas</i>	293
<i>Índice alfabético</i>	311

Los inicios: Oriente, Occidente y Gutenberg

Un reducido grupo de supervivientes se refugia en los portales de estilo Beaux Arts de la Biblioteca Pública de Nueva York, en la Quinta Avenida. Fuera, un Manhattan inundado se está solidificando por congelación bajo un repentino episodio de temperaturas subárticas. Sobre las llanuras de hielo solo asoman la punta de la antorcha de la Estatua de la Libertad y su espinosa diadema. Lejos de allí, los políticos discuten su respuesta a la catástrofe climática que azota al hemisferio norte; mientras tanto, un canoso climatólogo ataviado con parka y botas de nieve avanza a pie en medio de un frío sin precedentes para cumplir la promesa que le ha hecho a su hijo adolescente.

El grupo desvalija las estanterías en busca de combustible para entrar en calor. Los bibliotecarios hacen un vano intento de proteger sus colecciones. Se evita una disputa en relación con el valor de Nietzsche —¿un importante pensador del siglo XIX o un cerdo chovinista enamorado de su hermana?— gracias al descubrimiento de la sección de derecho fiscal, que todo el mundo conviene en que se puede arrojar al fuego de inmediato. La siguiente crisis en cuanto a los recursos surge cuando un bibliotecario (abrigo de lana gruesa abrochado hasta arriba y unas gafas de pasta que claman a gritos «friki de los libros») se niega a entregar el enorme volumen encuadernado en piel que tiene pegado al regazo. La Biblia de Gutenberg. «¿Crees que Dios te va a salvar?», es

la sarcástica réplica. La respuesta del hombre deja bien claro que no es el contenido de las escrituras a lo que se aferra. En lugar de eso, desarrolla una improvisada elegía sobre la importancia de este objeto en su calidad de producto de la inventiva y el progreso humanos: «Lo estoy protegiendo. Esta Biblia es el primer libro que se imprimió. Y representa el inicio de la edad de la razón. Yo creo que la palabra escrita es el mayor logro de la humanidad. Si la civilización occidental acaba, salvaré al menos un pedazo de ella». En un giro paradójicamente simbólico, el ejemplar de la Biblia de Gutenberg que se guarda en la Biblioteca Pública de Nueva York viene a representar algo parecido a la Ilustración secular o incluso a la propia humanidad.

La ocasión para esta sentida defensa de un libro en medio de un bibliocidio generalizado es la película de catástrofes dirigida por Roland Emmerich *El día de mañana* (2004). Podría parecer una anécdota prescindible (y sí, claro que deberían haber quemado primero las sillas y las estanterías, a tenor de lo ineficaces que resultan los libros como combustible), pero de hecho se trata de un eje argumental primordial. Reconocer el valor de este libro en concreto le da un giro a la película, que pasa de ser el relato de la indefensión humana ante la naturaleza a una celebración de la tecnología y el ingenio humanos. Unidos, el padre-héroe y Gutenberg (también apodado a menudo como «el padre de la imprenta») garantizan el futuro posapocalíptico de la humanidad, asegurándonos que algo importante puede sobrevivir al Armagedón. Pero, para entender el papel que tiene la Biblia de Gutenberg en otros discursos más amplios sobre el progreso humano y el de los libros, debemos ir más allá de las hiperbólicas reivindicaciones culturales e históricas de la película. ¿Se trata del inicio de nuestra larga historia de amor por los libros? ¿Fue ese el primer libro que se imprimió? ¿Representa la Biblia de Gutenberg «el mayor logro del ser humano»? ¿Y cuál es su relación con la «civilización occidental»? Como veremos, las respuestas a estas cuestiones son, en

ocasiones, poco complacientes con los adorados mitos del origen e involucran al libro impreso en un relato más vasto, combativo y político. Es bueno que se nos recuerde de inicio que los libros —su producción, su forma y su contenido— nunca son neutrales.

Johann (o Johannes) Gutenberg se ha ganado un lugar en la historia como el inventor de los tipos móviles. Estos permitieron que el texto se compusiera a partir de letras individuales y que, a continuación, se pudiera reproducir repetidamente mediante el uso de una prensa. Es a la producción de libros lo que los pulgares oponibles a la evolución de los primates. Al igual que todas las narrativas sobre el origen de algo, esta pasa por alto bastantes cosas con el objetivo de generar un único y heroico punto de partida; pero sigamos con ello por el momento. Nacido en Maguncia, junto al río Rin, en torno al 1400, Gutenberg se formó como orfebre y, más tarde, estuvo implicado en diversas iniciativas, incluyendo la vitivinicultura. Estos dos oficios tuvieron su influencia en el desarrollo de la imprenta, que requería tanto del trabajo fino del metal para la elaboración de las piezas individuales conocidas como «tipos», como de la reorganización del mecanismo de la prensa de la uva a fin de que se pudieran generar las impresiones. Los intentos empresariales de Gutenberg orientados a la producción de espejos en grandes cantidades para la observación de reliquias en un popular lugar de peregrinaje también apuntan a una inclinación por las innovadoras tecnologías de reproducción. Estas habilidades, combinadas con el capital de un nuevo socio, el adinerado abogado y orfebre Johann Fust, dieron sustento a su audaz experimento de impresión.

Para producir las nuevas materias primas necesarias para el libro impreso había que rediseñarlo todo, desde los tipos hasta el papel adecuadamente preparado o la tinta. Sin embargo, en algunos aspectos no menores, la Biblia impresa de forma mecánica no supuso una ruptura radical con respecto a los libros manuscritos que existían anteriormente (y que

siguieron existiendo después). Si bien la imprenta supuso un cambio de paradigma en lo relativo a la velocidad de producción de libros, preparar la Biblia entera para su publicación impresa no dejaba de ser una labor que exigía una enorme cantidad de tiempo. La Biblia de Gutenberg ocupaba 1.282 páginas divididas en dos volúmenes. Cada página constaba de 2 columnas y 42 renglones por columna, salvo por algunas excepciones (también se la conoce como «la Biblia de las 42 líneas» por este motivo). Es probable que se requiriera el trabajo de seis empleados a lo largo de dos años en total para producir las 170 copias, aproximadamente, que se imprimieron. Al igual que sus antepasados manuscritos, este producto profundamente laborioso era sin duda un artículo para una élite.

Las Biblias terminadas aparecieron en 1455. Las cifras que se manejan nos recuerdan la verdadera materialidad de estos libros. La mayoría se imprimió en papel, pero una pequeña parte se produjo sobre un sustrato asociado al trabajo de los escribas, la vitela o piel de becerro, y se pudieron adquirir por tres o cuatro veces el precio de las copias en papel. Para fabricar esas Biblias, que medían en torno a 42 por 30 centímetros —algo menos que el formato moderno DIN A3—, se habrían necesitado cinco mil pieles de cinco mil becerros para las copias de vitela, y cincuenta veces esa cifra en hojas de papel de trapo o de lino. El papel se producía en el Piamonte, se enviaba al otro lado de los Alpes y posteriormente se transportaba en gabarra hasta Maguncia. Todo ello suponía un enorme esfuerzo en la cadena de suministro.

Todas las Biblias de Gutenberg se imprimieron en la letra gótica que se asocia a los misales (libro de servicio para sacerdotes) y otros volúmenes litúrgicos, pero la apariencia pulida de la forma de los tipos compactos en realidad acaba por ocultar su carácter innovador. Las páginas impresas causan la misma impresión que la escritura a mano continua.

Así pues, las 48 copias completas o sustancialmente completas que se conservan hoy en día ofrecen una imagen que es en parte el nuevo mundo de la impresión y en parte el mundo antiguo del manuscrito. Estamos acostumbrados a que las nuevas tecnologías adopten la terminología y las estructuras taxonómicas de las antiguas, a las que supuestamente reemplazan. La informática, por ejemplo, ha hecho suya la iconografía de la oficina analógica de archivos, carpetas, directorios, escritorio, bloc de notas; la fotografía digital incluye el redundante pero resonante crujido del obturador al abrirse y cerrarse; el libro electrónico simula la disposición y el efecto de pasar las páginas de sus antecesores impresos. Este fenómeno de las nuevas tecnologías, según el cual imitan a sus predecesores, se denomina «diseño esqueumórfico». De un modo similar, el libro impreso de Gutenberg se quitó el sombrero ante la estética y la estructura organizativa de los predecesores manuscritos a los que estaba tratando tanto de imitar como de desbancar. Las dos columnas de texto y la tipografía gótica situaron la experiencia lectora al mismo nivel que la del manuscrito; pero, además, la rubricación (el realce en rojo), las letras capitales iluminadas y las coloristas volutas de los márgenes se añadían habitualmente a las Biblias después de que estas salieran del taller de impresión. Este suplemento decorativo no solo remitía a las convenciones visuales de la tradición del manuscrito, sino que, de hecho, las aportaban los mismos expertos amanuenses. Así pues, el libro que suele considerarse el primero en pasar por la imprenta se diseñó en realidad para que lo completaran a mano, inaugurando así una larga tradición de lectores que finalizaban o perfeccionaban sus libros.

En otros aspectos, el regreso de Gutenberg a un formato de Biblia grande, al estilo de las que se colocaban en un atril, también miraba más al pasado que al futuro. Esta elección retro remitía a las populares Biblias de los siglos anteriores frente a los ejemplares bíblicos pequeños y portáti-

les que se habían popularizado en épocas recientes. Al igual que muchas innovaciones tecnológicas, por tanto, este libro impreso fue en verdad un paso atrás estética y tecnológicamente (como aquellas primeras películas sonoras, entorpecidas por la necesidad de que los actores se mantuvieran cerca del micrófono). Los libros manuscritos habían desarrollado una maquetación visualmente elaborada: la Gutenberg, inicialmente engorrosa y desprovista de ornamento, era un libro mucho menos bello y decorativo que sus predecesores.

A pesar de todo, el nuevo libro causó sensación de forma inmediata. Al observar sus páginas impresas contra una luz intensa, se puede ver una de las tres distintas marcas de agua: un buey, la cabeza de un toro y un racimo de uvas. De la presencia de estos distintos tipos de papel se desprende que Gutenberg hizo un segundo encargo de suministros durante el proceso de producción, lo que sugiere que revisó al alza su pronóstico original de impresión. Esto debió de suceder como respuesta a las prometedoras preventas. Un clérigo entusiasmado, el que sería el papa Pío II, escribió a su superior que había visto u oído hablar de unas manos de papel (legajos de hojas plegadas) impresas de esta nueva Biblia en Fráncfort, y podía dar testimonio de que «la escritura es extremadamente limpia y legible», tanto que «vuestra gracia podría leerla sin esfuerzo y, de hecho, sin gafas». En efecto, el libro se lee fácilmente a una distancia aproximada de un metro, lo que indica su utilidad práctica en los servicios en la iglesia y en espacios poco iluminados. (Se podría hacer una historia alternativa del libro a través de las gafas de lectura, que fueron representadas por vez primera en un retrato de Hugo de San Caro realizado por el pintor italiano Tomás de Módena en 1352.) Pero el entusiasta informó de que en ese momento resultaría difícil adquirir una de las nuevas Biblias, pues al parecer la tirada se había agotado antes de su publicación. A pesar de este éxito, los libros impresos de Gutenberg no lograron cuadrar las cuentas. Aun

con la inversión del orfebre, tanto la Biblia como la carrera de impresor de Gutenberg se acabaron al mismo tiempo. A finales de 1455, el negocio estaba en bancarrota y Fust confiscó el equipamiento de impresión.

Hasta aquí lo que es bien sabido. Gutenberg inventa la imprenta y todo el mundo sale en manada a comprar los nuevos libros. Pero no tan rápido. La imprenta no fue solo el resultado del trabajo de un emprendedor visionario y su banquero. También se daba un contexto internacional más amplio. A decir verdad, antes de eso la imprenta no era ninguna desconocida, sencillamente no había viajado hasta Europa porque allí no había demanda: hasta ese momento, al continente le había bastado y sobrado con un acceso limitado al alfabetismo y a los textos escritos. El método del *scriptorium* para la producción manuscrita se adecuaba perfectamente a su restringido mercado. Tendemos a pensar en la imprenta como un fenómeno que condujo a una puesta en circulación de textos más dilatada, pero se impone hacer una aclaración que le da la vuelta a esta sucesión causa-efecto: que la innovación fue la respuesta a una creciente demanda. «Este libro [...] no se ha escrito con pluma y tinta como [se ha hecho con] los demás libros, a fin de que cada hombre pueda tenerlo a un mismo tiempo», como lo expresó William Caxton, acólito inglés de Gutenberg, en el primer libro publicado en Londres. La imprenta primitiva absorbía demasiado tiempo como para cumplir este sueño democrático, pero la dirección del viaje era clara e irreversible. Existía un mercado creciente para los productos que salían de la imprenta. Fue esta base de consumidores potenciales la que generó el incentivo económico y empresarial que lograría desarrollarla.

Gutenberg era un avezado hombre de negocios que determinó cuidadosamente cuál debía ser su mercado. Su decisión de producir una Biblia completa en latín, basada en la edición Vulgata, y no en otros misales más comunes que estructuraban los pasajes bíblicos según el año cristiano, pone

de relieve que su objetivo se centraba en un nutrido público lector internacional que trascendía las calles de Maguncia. Además, estaba colmando un vacío en el mercado del manuscrito al utilizar la nueva tecnología de la impresión para producir un texto sustancial que era relativamente escaso (la mayor parte de los manuscritos bíblicos eran de los Evangelios o de los Testamentos o los Salmos por separado). Esta marcación doctrinal de lo que era, en esencia, un proyecto lucrativo la recogió John Foxe cuando en el siglo XVI, en su extensa historia de la Reforma protestante, escribió que la imprenta fue un regalo «divino y milagroso» de Dios, «para subyugar a las tinieblas mediante la luz, al error mediante la verdad, a la ignorancia mediante el aprendizaje». Otros historiadores posteriores también asociaron la revolución de la imprenta con el florecimiento del protestantismo, especialmente porque las obras del teólogo reformista Martín Lutero fueron de los primeros superventas internacionales en la revolución de la imprenta.

Sin embargo, el contexto religioso inmediato era bastante diferente. La ambiciosa Biblia no fue el primer proyecto de impresión de Gutenberg: su imprenta ya había producido un manual de gramática, un poema, una indulgencia papal (un documento espiritual que permite restar tiempo en el Purgatorio) y, lo más interesante, un folleto de actualidad, impreso en alemán en diciembre de 1454, titulado *Eyn manung der cristenheit widder die turken* [Una advertencia a la cristiandad contra los turcos]. El hecho de que este último texto incluya la primera felicitación de año nuevo impresa (*Eijn gut selig nuwe jar*) ha propiciado que el proyecto geopolítico más amplio en el que se embarcó inmediatamente la imprenta de Gutenberg haya quedado camuflado: la guerra contra el islam.

En mayo de 1453, la capital bizantina cristiana, Constantinopla, había caído ante el asedio del ejército otomano, liderado por el joven sultán Mehmed II. Se convirtió en una ciudad islámica, rebautizada como Estambul, y en la capital

otomana. Este acontecimiento sumió a Europa en la consternación. Se temía que la caída de Constantinopla supusiera un peligro claro e inmediato para la cristiandad, pese a que las rivalidades locales impidieron cualquier respuesta coordinada. Desde el principio, la emergente imprenta de Gutenberg se vio envuelta en el debate sobre la posible acción militar que se extendió por los estados alemanes y sacó el máximo provecho a las tensas relaciones entre el cristianismo y el islam. El acontecimiento que tuvo lugar en Fráncfort, del cual derivaron entusiastas informes relativos a la nueva Biblia impresa, tuvo lugar al hilo de un encuentro de nobles europeos y príncipes de la Iglesia que habían sido convocados para discutir la manera de concitar el apoyo popular a una campaña militar en contra de los turcos. Justo antes de que su Biblia saliera de las prensas, Gutenberg y sus socios estuvieron presentes para promocionar su nuevo producto y presentar algunas muestras. Las Biblias de gran formato les debieron de parecer una astuta oportunidad de venta en un momento en el que la cristiandad se sentía amenazada: solo su tamaño ya reimponía la dominación cristiana. En tiempos turbulentos, estos grandes libros proclamaban que, al igual que la religión a la que representaban, habían venido para quedarse. Podríamos compararlos con las Biblias en miniatura de letra pequeña que se desarrollaron en el siglo XIII, en un contexto muy diferente, para que los frailes dominicos y franciscanos pudieran llevarlas en sus periplos evangelizadores: los formatos, así como el uso que se les pretendía dar a los volúmenes, nos hablan del estado de la cristiandad.

Así pues, fue el material antiturco impreso, y no la Biblia de Gutenberg, lo que abrió las compuertas de la imprenta; pero tal vez deberíamos considerar la Biblia de 1455 como una salva explícita a esa guerra santa. La conocida como *Turcica* que vino a continuación resultó ser la gran explosión de la imprenta, al abarcar géneros que iban desde la xilografía y los romances hasta las oraciones y los

tratados, todo pensado para satisfacer la insaciable demanda por parte del público de material sobre los otomanos y para debatir la cuestión de iniciar una nueva cruzada para reconquistar Constantinopla. La demanda de este material de temática turca contribuyó a difundir rápidamente la tecnología de la imprenta por todo el norte de Europa y más allá: en un plazo de treinta años había más de un centenar de ciudades con imprenta, Londres incluida, y para finales del siglo xv esa cifra se había duplicado. La Biblia de Gutenberg y la propia industria de la imprenta emergieron así como respuesta a la geopolítica religiosa del siglo xv. Fue una intervención más específicamente ideológica de lo que se suele reconocer, menos imparcial y más concreta y sectaria. La reivindicación del bibliotecario ficticio de la Biblioteca Pública de Nueva York con respecto a la «civilización occidental» adquiere un carácter más antagonista en este contexto: el conflicto Oriente-Occidente dio forma a su valiosa Biblia y a su recepción inicial en el siglo xv, y ha seguido encuadrando nuestra cultura impresa de manera regular e imborrable.

La consideración cultural de la que goza la Biblia de Gutenberg reproduce el mito de la superioridad occidental. Las afirmaciones acerca de la primacía de Gutenberg, como la que se hace en la ficticia Biblioteca Pública de Nueva York de Emmerich, han caído rendidas a su propaganda original. Tendemos a restar importancia de forma sistemática a las noticias que nos llegan sobre la impresión anterior a Gutenberg y a hacer caso omiso a las historias previas de la reproducción textual fuera de Europa. La narrativa incompleta que resulta de ello sirve para asociar la impresión mecánica con el Renacimiento europeo y el humanismo primigenio, en un discurso triunfante sobre la preeminencia de los valores de la Ilustración occidental. Aun así, a pesar de que la impresión de la Biblia en Maguncia a mediados del siglo xv constituye un hito cultural, ni es el libro más antiguo ni el primero en usar tipos móviles. Algunos de los precursores

destacados de la Biblia de Gutenberg deberían ser un poco más reconocidos como hitos de la impresión. La Biblioteca Británica posee un rollo de cinco metros de escrituras budistas, *El sutra del diamante*, impreso en el año 868 (según el calendario occidental). Hallado en el noroeste de China a comienzos del siglo xx y formado por columnas de caracteres y un frontispicio ilustrado, se trata del ejemplo de xilografía más antiguo del que se tiene constancia. Los pioneros chinos y coreanos de la imprenta se anticiparon a Gutenberg en varios siglos, y el bajo coste relativo del papel de fibra de bambú en Asia Oriental significaba que en aquellas regiones la primera imprenta era una tecnología mucho menos elitista. La tecnología china de la impresión desarrolló el tipo móvil confeccionado en arcilla y utilizado para realizar una impresión sobre papel sin prensa. La tecnología del papel también se refinó gracias a las innovaciones chinas durante la etapa final de la dinastía Han (hacia el siglo II d. C.); por supuesto, las culturas librescas budista, jainista e hindú no iban a adoptar el pergamino, pues estaba hecho con piel de animales jóvenes, entre ellos, las vacas. El pionero del papel Cai Lun (fallecido en el año 121 d. C.) informó de que «la seda es cara y el bambú pesado, por lo que su uso no es conveniente», y tuvo la idea de emplear corteza de árbol, cáñamo, trapos y redes de pesca para elaborar «un material semejante a la seda para escribir». La disponibilidad de papel y el extendido alfabetismo impulsaron la impresión comercial en China en tiempos de la dinastía Tang (siglos VII-IX d. C.), y la primera edición xilografiada del canon de los clásicos confucianos data del siglo X. El libro más antiguo conocido que se imprimió mediante el uso de tipos móviles lo escribió en chino un monje budista coreano. Solo se conserva el segundo volumen de la obra en la Biblioteca Nacional de Francia, en París. Conocido con el título abreviado de *Jikji*, se trata de una compilación de enseñanzas budistas fechada en el 1377. Para principios del siglo XV, la impresión y la distribución de libros en interés del buen gobierno era

una política explícita del rey Taejong, que ordenó que se fundieran juegos de tipos metálicos que propiciaran una amplia difusión de la imprenta por toda Corea. Por consiguiente, la idea de que la imprenta es un invento europeo no se sostiene por ninguna parte: es un mito occidental. Analizado desde una perspectiva más universal, la pregunta con respecto a Gutenberg no parece ser tanto «¿Cómo lo hiciste?», sino más bien «¿Por qué tardaste tanto?».

El mito de Gutenberg es uno de los ejemplos más llamativos de la amnesia intrínseca al discurso que se ha dado tradicionalmente sobre el Renacimiento, que ha tendido a obliterar la importancia de los descubrimientos técnicos, culturales y científicos, así como los logros académicos, de las culturas islámica y de Asia Oriental, y a naturalizar la difusión del protestantismo por el norte de Europa como precursor de la Ilustración. Dicho de otro modo: es una historia escrita por los vencedores. Al observar el derrocamiento del Antiguo Régimen en la Francia revolucionaria, Louis Lacomterie apostrofó a Gutenberg: «Bendito sea el inventor de la imprenta. Es a él a quien debemos esta maravillosa revolución». La comparación que hizo Victor Hugo de Gutenberg con Jesús —«En el acto de Cristo haciendo aparecer los panes, está Gutenberg haciendo aparecer los libros. Un sembrador anuncia al otro [...] Gutenberg es para siempre el asistente de la vida»— es una versión hiperbólica del marco occidentalista de la instauración de la imprenta.

El papel central que se ha otorgado a Gutenberg en el relato sobre el progreso cultural quedó corroborado, de forma retrospectiva, por la importancia que tuvo la tecnología de la imprenta en la colonización por parte de los países europeos. Las imprentas religiosas que establecieron los jesuitas en el siglo xvi en Goa y Macao, y los españoles en Ciudad de México y Lima, fueron las precursoras de la impresión colonial en todo el sur global. Era un tropo del viaje tan habitual que Tomás Moro lo adoptó para su ficticia *Utopía* a comienzos del siglo xvi, al dotar a sus viajeros de ejem-

plares de libros procedentes de la imprenta veneciana de Aldo Manucio para que los utopianos pudieran aprender a imprimir de manera autodidacta. Los colonos posteriores también se llevaron consigo la tecnología de la imprenta. El primer libro publicado en Australia fue una recopilación de proclamas y normas gubernamentales que elaboró el impresor londinense George Howe, que fue trasladado allí en 1802; un Nuevo Testamento maorí publicado por William Colenso, oriundo de Cornish, en 1837, en representación de la Sociedad Misionaria de la Iglesia, fue el primer libro impreso en Nueva Zelanda, seguido de cerca de *Ropitini Koruhu*, una traducción de *Robinson Crusoe*, de Defoe; los misioneros presbiterianos asentaron la imprenta en Nigeria a mediados del siglo XIX. Los evangelistas cristianos llevaron libros impresos como parte de una apuesta más ambiciosa por la cultura escrita frente a la oralidad, en un intento por difundir una perspectiva textual del mundo. A medida que el libro impreso se extendía hacia el sur, fue dejando su propia imprimación colonial. La imprenta se convirtió en el instrumento del imperio y, por lo tanto, era todavía más importante para su sentido de superioridad imperial que sus propios orígenes ofrecieran una apariencia firmemente europea.

Si bien las Biblias impresas por Gutenberg son artefactos del siglo XV, el concepto Biblia de Gutenberg (también llamada Biblia de Mazarino) es un invento del siglo XIX. Fue entonces cuando el libro adquirió su elevado valor cultural y financiero. No es de extrañar que la veneración hacia Gutenberg como padre de la imprenta, el terco olvido de la historia de la tecnología de impresión previa a este y el crecimiento exponencial del valor cultural y económico de los ejemplares de la Biblia de 42 líneas coincidieran con la época imperialista. Los europeos proclamaron la superioridad de sus tecnologías como justificación y medio para el control colonial, al tiempo que borraban los logros tecnológicos de Oriente. En 1837 se erigió en Maguncia una estatua a Gutenberg: el bajorrelieve muestra la presencia de la im-

prenta a lo ancho de los continentes, incluyendo a los lectores chinos de Confucio, a Wilberforce y la imprenta liberando a los pueblos africanos esclavizados, los logros artísticos de Kant y Schiller, y los firmantes de la Declaración de Independencia de Estados Unidos. Le siguieron más estatuas: Estrasburgo y Fráncfort en 1840, Gdansk en 1890, Viena en 1900. Estas reivindicaciones públicas de la importancia cultural de Gutenberg en el discurso del progreso humano —en contraposición a la invisibilidad del propio Gutenberg en sus libros, en los que nunca figura su nombre— establecieron el marco ideal para que los coleccionistas pujaran cada vez más alto, lo que convirtió a la Biblia de Gutenberg en el libro más valioso del mundo durante la mayor parte del siglo XIX.

La Biblioteca Pública de Nueva York tiene, en efecto, un ejemplar de este libro extraordinario. Lo adquirió por mediación de un famoso bibliotecario y erudito francés del siglo XVIII, el abate Jean-Joseph Rive. En algún momento relativamente temprano de su vida, perdió las primeras cuatro hojas. Uno podría pensar que estas serían la historia de la creación, pero Gutenberg imprimió las epístolas de san Jerónimo previamente al libro del Génesis, lo que nos recuerda que a lo largo de la historia del cristianismo el contenido que se incluye en una Biblia ha ido fluctuando. Estas hojas perdidas fueron reemplazadas por facsímiles a principios del siglo XIX de la mano del brillante tipógrafo Firmin Didot, que empleó letras capitales cortadas de algún otro volumen. Esta práctica, conocida como «sofisticación» (término que, aplicado al libro, denota adulteración o falsificación y que en lengua inglesa tiene como feliz sinónimo la palabra *vampment*) se fue extendiendo con el desarrollo del comercio de libros raros a lo largo del siglo XIX. La Biblia del abate Rive pasó una temporada en la colección de George Herbert, diputado del Parlamento británico, botanista aficionado y coleccionista de libros, cuyos gustos financió gracias al esclavismo jamaicano en las plantaciones de azúcar de su

familia. Cuando el coleccionista estadounidense James Lenox la compró en 1847 por un precio (calificado como «de locura») de 500 libras, se convirtió en el primer ejemplar de la Biblia de Gutenberg en cruzar el Atlántico (la mitad de los ejemplares existentes se encuentran hoy en día en Estados Unidos). *The Times* la describió como «una obra bellísima que, por el extremo cuidado con el que se la ha tratado, parece recién salida de imprenta».

Así pues, el estatus cultural de la Biblia de Gutenberg se apoya en, y a su vez perpetúa, el discurso generalizado del dominio cultural europeo, por mucho que su imprenta capitalizara la islamofobia y la preocupación por la supervivencia del imperio de la cristiandad a finales de la Edad Media. La imprenta y el papel eran tecnologías ya disponibles que no estaban sino esperando su momento europeo: la combinación del ánimo incansable de Gutenberg como emprendedor, el cambio geopolítico y un apetito más extendido por consumir material escrito propiciaron la ocasión. Estos factores dieron pie a una tecnología que ya estaba, y siempre estuvo, involucrada en el debate social, político y religioso.

Al final de *El día de mañana* se produce una migración hacia el sur: la catástrofe climática se traduce en que los territorios del norte que habían sido prósperos y dominantes se han vuelto demasiado fríos para alojar vida humana. Las escenas de la muchedumbre esperando en la frontera de Estados Unidos con México, por ejemplo, le dan un vuelco al éxodo con el que estamos familiarizados, puesto que son los estadounidenses los que intentan escapar. Pero, en medio de la devastación, cabe la esperanza. O quizá no sea esperanza exactamente, sino más bien la promesa de que algunas cosas se conservarán en un futuro incierto; o tal vez incluso que la historia se repite. Mientras un helicóptero se aleja de la llanura helada con los últimos supervivientes de la Biblioteca Pública de Nueva York a los que acaba de recoger a bordo, vemos que el bibliotecario sigue cargando con la Biblia de Gutenberg. De este modo, la película reproduce

en miniatura un discurso cultural más generalizado, y peligroso, de sobrevaloración. Emmerich transforma este libro, y el mito sobre el origen que encierra, en una especie de fetiche. El volumen que aparentemente representa el primer paso del progreso humano hacia la Ilustración y la razón se convierte, al igual que tantos otros libros, en un objeto material profundamente irracional.